

LOS ANTECEDENTES DEL CONFLICTO. EL ESCENARIO POLÍTICO

José CALVO POYATO
Doctor en Historia

La revolución francesa y sus consecuencias

Los historiadores consideran como el primer acto revolucionario del proceso que se inicia en Francia en 1789, el momento en que un grupo de diputados abandona los Estados Generales y decide reunirse por su cuenta en el llamado Juego de Pelota, juramentándose para no ceder en su postura hasta dar a Francia una Constitución.

A partir de ese momento, los acontecimientos en París se precipitaron. Mientras las masas populares asaltaban la Bastilla y el palacio de las Tullerías, los diputados alumbraban la famosa Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, que sería la piedra angular donde se sustentaría la Constitución que significaba, desde un punto de vista teórico, el paso del Antiguo al Nuevo Régimen. Era el imperio de la ley, igual para todos, que estaba por encima de cualquier poder, incluido el Rey, a la par que los súbditos se transformaban en ciudadanos. Se articulaba la separación de poderes, se acuñaba el moderno concepto de Nación, como la suma de todos los ciudadanos del Estado. En definitiva, surgía el Nuevo Estado. Las potencias absolutistas europeas -Austria, Prusia, España o Rusia-, donde, en las décadas anteriores, la Ilustración había intentado dar un barniz de modernidad al sistema imperante, caracterizado por la alianza del trono y el altar, asistían atónitas y expectantes a los acontecimientos que se vivían en Francia y que marcaban el inicio de una nueva época.

Los años siguientes a 1789 significaron la radicalización del proceso revolucionario, agitado por las convulsiones que suponían la resistencia interior de la mayor parte de la nobleza y el clero -los grupos privilegiados del Antiguo Régimen- y la amenaza exterior, simbolizada en el temor de los monarcas europeos de que los acontecimientos de Francia se extendiesen por sus dominios, como pretendían los girondinos. Esas difíciles circunstancias

conducirían a la proclamación de la República y al guillotinado de Luis XVI.

En España, donde Carlos IV había subido al trono en 1788, en vísperas del estallido revolucionario, sus ministros seguían con creciente preocupación al desarrollo de los acontecimientos. Floridablanca había establecido a lo largo de la frontera pirenaica el llamado cordón sanitario, una especie de barrera protectora para evitar que las ideas difundidas al otro lado de la frontera llegasen a España, como si de una peligrosa epidemia se tratase. Vano intento de poner freno a las ideas.

La guerra de la Convención y la paz de Basilea

La muerte de Luis XVI en enero de 1793, significó para España la ruptura de hostilidades con la Francia revolucionaria y la firma de un acuerdo con Gran Bretaña. Un ejército español, al mando del general Ricardos, invadió el Rosellón y obtuvo una serie de éxitos en los primeros momentos de la campaña, que hicieron albergar ilusiones de triunfo en el campo de batalla. Pero muy pronto la suerte de las armas cambió de signo y fueron los soldados franceses quienes invadieron las comarcas del norte de Cataluña, Navarra y el País Vasco. Las tropas de la Convención -nombre con que se conocía al gobierno de Francia- llegaron a ocupar Miranda de Ebro.

Godoy, el favorito de los Reyes y hombre fuerte del momento, alarmado ante el desarrollo de los acontecimientos militares, buscó un acuerdo con los franceses para poner fin a aquella lucha, conocida a la postre con el nombre de guerra de la Convención. Españoles y franceses llegaron a un acuerdo y, en 1795, se firmó la paz de Basilea, que significó el repliegue de las tropas francesas al otro lado de la frontera, a cambio de la entrega de la parte española de la isla de Santo Domingo. La firma por parte de España de esa paz, a espaldas de sus aliados, provocó el cambio de su posición política, que convertía a nuestro país en aliado de la Francia revolucionaria y, consecuentemente, en enemigo de Gran Bretaña, que dedicaría los años siguientes a atacar las colonias españolas de América, poniendo en serios aprietos a las autoridades virreinales. Los ingleses, por ejemplo, llegaron a apoderarse de Buenos Aires, aunque el almirante Beresford no logró mantenerse en el dominio de la ciudad, pero el hecho en sí pone de manifiesto las dificultades a que nos hemos referido.

La paz de Basilea determinaría la política española de las dos décadas siguientes: alianza con Francia y lucha con Gran Bretaña, lo que tendría importantes repercusiones desde el punto de vista político y militar.

El ascenso de Napoleón

Como no podía ser de otra forma, los acontecimientos internos en Francia marcaron la política española de los años finales del siglo XVIII. En la Francia revolucionaria, los gobiernos de la Convención, agitados por el llamado *Terror* que llevó a la guillotina a miles de franceses y a muchos de los impulsores del proceso revolucionario, acabaron por agotarse, dando paso al Directorio. En estos años emerge en el panorama de la Francia revolucionaria un joven general que ha obtenido importantes éxitos en el norte de Italia, bajo dominio austríaco, y que ha llevado a los ejércitos franceses al extremo oriental del mediterráneo con el propósito de dificultar uno de los pilares del comercio británico, que abastece su potente industria textil con el algodón egipcio; se llama Napoleón Bonaparte. Sus éxitos en las campañas de Italia y Egipto no se vieron empañados con el aniquilamiento de la flota francesa en Aboukir, a manos del almirante Nelson. El retorno de Bonaparte a Francia significó el final del Directorio, descompuesto por el azote de la corrupción política que se había extendido por amplios sectores de la administración. Tras el llamado golpe del 18 Brumario, en noviembre de 1799, Napoleón acabó con la situación reinante y dio paso a una nueva etapa del proceso revolucionario, conocida con el nombre del Consulado.

A partir de este momento Bonaparte se convertirá en el nuevo hombre fuerte de la política francesa y ya no dejará de acaparar parcelas de poder cada vez mayores, hasta convertirse en emperador de los franceses en mayo de 1804.

Los cambios en la política francesa no supusieron significativas alteraciones en las relaciones con España, que mantuvo la alianza acordada con los franceses en la paz de Basilea. Por su parte, las hostilidades con los británicos se materializaron en diferentes enfrentamientos navales, el más significativo de los cuales, al margen de los enfrentamientos coloniales, fue la batalla del cabo de San Vicente (1802), donde el resultado quedó indeciso, si bien los británicos se consideraron vencedores. En cualquier caso, la flota española no sufrió un grave quebranto y mantuvo prácticamente intacta su capacidad operativa.

La Marina española a comienzos del siglo XIX

Para comprender una parte importante de los antecedentes de la guerra de la Independencia resulta conveniente dar unas pinceladas a la situación de la marina española en los años anteriores al conflicto.

El reformismo borbónico, protagonizado por los ministros ilustrados de Fernando VI y Carlos III, tuvo una de sus manifestaciones en el impulso a la construcción naval y en la modernización de la escuadra. Fue el empeño más sostenido e inteligente de los gobernantes dieciochescos en el terreno de lo militar, hasta el punto de conseguir una poderosa, respetada y temida flota en las aguas de todos los océanos; así, por ejemplo, de los astilleros españoles salió un navío como el *Santísima Trinidad*, el más grande de su época, con un desplazamiento de cinco mil toneladas y cuatro cubiertas, artilladas con ciento treinta y seis piezas de distintos calibres. La creación de los astilleros de El Ferrol, de Cartagena y de La Carraca, la puesta en práctica de un programa de construcción naval, que tuvo uno de sus principales impulsores en el marqués de la Ensenada, la política de fortificación de los puertos con valor estratégico, a ambos lados del Atlántico, pusieron de manifiesto el interés de los gobernantes del siglo XVIII por los asuntos de la mar. Esos programas devolvieron a la monarquía española un poderío naval acorde con sus necesidades de potencia colonial, desaparecido después del desastre de la Invencible y cuya debilidad se prolongó a lo largo de todo el siglo XVII.

Una de las pruebas más evidentes de la importancia de la restauración del poderío naval español se encuentra en la campaña orquestada por el embajador británico en Madrid, para acabar políticamente con Ensenada, en su condición de principal impulsor de esa política naval. Fue un triste episodio que el ministro pagó con su destierro; si bien, su obra sería continuada por sus sucesores en el Ministerio. Esa flota, que contaba con algunos de los navíos de línea más importantes de su época, se convirtió en uno de los elementos que Napoleón necesitaba para llevar a cabo sus planes de invadir Gran Bretaña.

Trafalgar

En los meses siguientes a su proclamación imperial, Napoleón preparó una de sus grandes operaciones militares: la invasión de Gran Bretaña. Para

ello era imprescindible la colaboración de la Marina española y Godoy, cuya política había convertido a España en un satélite de las apetencias imperiales de Bonaparte, se mostró dispuesto a prestar su colaboración. Los planes del emperador pasaban por eliminar el principal obstáculo con que se enfrentaba su proyecto: la flota británica, que ya había aniquilado a una escuadra francesa en la rada de Aboukir.

El encuentro entre la flota hispanofrancesa, que quedó a las órdenes del almirante Villeneuve, y la Marina británica bajo el mando de Nelson, se produjo en octubre de 1805 junto al cabo de Trafalgar, frente a las costas de Cádiz. Si el encuentro de San Vicente, tres años antes, quedó indeciso y, como hemos señalado, sin grave quebranto para la flota española, Trafalgar fue la tumba de nuestra Marina. Lo que los ingleses no habían conseguido en el campo de la intriga política, se hizo realidad en una batalla ajena a los intereses de España y a la que quedaron ligados nombres como los de Churruca, Gravina o Alcalá Galiano.

Nuevos planes napoleónicos

La derrota de Trafalgar obligó a Napoleón a cambiar sus planes de invasión. La infantería imperial no podría cruzar el canal de la Mancha, por lo que Bonaparte decidió llevar la guerra al terreno económico. La industria inglesa, donde inventos como la máquina de vapor que, aplicada a los telares mecánicos había impulsado una potente actividad textil y a una incipiente industria metalúrgica, necesitaba no sólo de materias primas como el mineral de hierro o el algodón, sino mercados para sus productos manufacturados. El proyecto contemplaba el estrangulamiento de la economía británica, mediante la adopción de medidas mercantiles. Se trataba de establecer en todos los puertos de Europa un bloqueo a los productos ingleses. El plan fue bautizado con el nombre de: Bloqueo continental.

La mayor parte de los países de Europa, bien por encontrarse sometidos al dominio francés, bien por temer las represalias de Napoleón o, en última instancia, por haber firmado acuerdos de colaboración con el corso, secundaron el bloqueo. Una de las pocas excepciones fue Portugal, cuyos puertos quedaron abiertos al comercio británico. Era una postura testimonial, que ponía de manifiesto la dependencia lusitana de Gran Bretaña, que por el tratado de Methuen

(1703), en plena Guerra de Sucesión española, había convertido a Portugal en un aliado permanente, dispuesto siempre a satisfacer sus intereses, a cambio de la garantía que suponía el apoyo inglés, ante un eventual ataque español.

A finales de 1806 el emperador de los franceses perfiló los últimos detalles de su proyecto. Mientras tanto Godoy, conocido ya como el Príncipe de la Paz, dio algunos pasos en un intento de abrir conversaciones con los británicos, para poner punto final a la presión de la marina inglesa sobre nuestras colonias. Para ello mandó a Londres como comisionado a don Agustín Argüelles e incluso hizo un extraño llamamiento a la movilización por si había guerra, que despertó las suspicacias de los franceses. Sin embargo, el éxito de Napoleón en Jena, derrotando a los prusianos y entrando en Berlín, y el poco interés mostrado por los ingleses, le hicieron olvidarse de aquellos planteamientos. Sin duda, en este intento de cambiar de posición había influido el destronamiento del hermano de Carlos IV, que reinaba en Nápoles. El emperador de los franceses había expulsado del trono a Fernando IV para entronizar a su hermano José Bonaparte.

La decisión de Napoleón fue invadir Portugal. Descartada, por razones obvias, la posibilidad de una invasión por mar, la única posibilidad para llevar a cabo su propósito pasaba por utilizar España como zona de tránsito para sus ejércitos. El emperador de los franceses tentó las ambiciones de Godoy, convertido en el factotum de la corte española, con la posibilidad de convertirlo en soberano del Algarve y el Alemtejo, uno de los tres estados en que Bonaparte planeaba fragmentar la Corona portuguesa, según los acuerdos cerrados por don Eugenio Izquierdo y el general Duroc y rubricados en el tratado de Fontainebleau.

A mediados de 1807 los franceses iniciaron la concentración de grandes contingentes de tropas en la zona de Bayona, el llamado Cuerpo de Observación de la Gironda, al mando del general Junot, quien el 18 de octubre cruzó el Bidasoa, al frente de cuatro divisiones, unos veinticinco mil hombres. Las tropas francesas tomaron el camino de Burgos, pasaron por Valladolid y llegaron a Salamanca, por todas partes fueron acogidos como aliados y con vivas muestras de hospitalidad y simpatía. En las semanas siguientes los franceses concentraron nuevos efectivos al otro lado de los Pirineos, explicando que se trataba de una reserva, por si era necesaria su intervención en la campaña de Portugal, a la que se habían sumado, según lo pactado en Fontainebleau, unos quince mil soldados españoles.

Un enrarecido ambiente político

Conforme avanzaba 1807 se acrecentaba la tensión política en España. Las diferencias entre el valido Godoy y el príncipe Fernando habían llevado a la creación de dos camarillas cortesanas, que se disputaban el poder. A finales de octubre la situación explotó. La Corte se encontraba en El Escorial y el Príncipe de Asturias mantenía una actitud sospechosa, que llevó al valido a instar a sus padres al registro de sus habitaciones. Le fueron secuestrados sus papeles y de su examen se dedujo que pretendía dar un golpe contra los Reyes: La pieza fundamental era un cuaderno, donde trazaba con vivos colores la vida de Godoy y le acusaba de graves delitos y expresaba sus anhelos por conseguir el poder, pero no había un plan sedicioso contra sus padres, ni nada parecido. Sin embargo, el 30 de octubre Carlos IV firmó un decreto, en términos muy duros, que decía:

Dios, que vela sobre las criaturas, no permite la ejecución de hechos atroces cuando las víctimas son inocentes. Así me ha librado su omnipotencia de la más inaudita catástrofe. Mi pueblo, mis vasallos todos conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas; todos me aman y de todos recibo pruebas de veneración, cual exige el respeto de un padre amante de sus hijos. Vivía yo persuadido de esta verdad, cuando una mano desconocida me enseña y descubre el más enorme y más inaudito plan que se trazaba en mi mismo palacio contra mi persona. La vida mía que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor, que preocupado, obcecado y enajenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, había admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndolo en su mismo cuarto, hallé en su poder la cifra de inteligencia e instrucciones que recibía de los malvados. Convoqué al examen al gobernador interino de mi Consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagación. Todo se hizo y de ella resultan varios reos, cuya prisión he decretado, así como el arresto de mi hijo en su habitación. Esta pena quedaba a las muchas que me afligen; pero así como es la más dolorosa, es también la más importante de purgar; e interím mando publicar el resultado, no quiero dejar de

manifestar a mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendréislo entendido para que se circule en la forma conveniente. En San Lorenzo, a 30 de octubre de 1807.

Carlos IV comunicó estos sucesos a Napoleón, indicándole que privaría al Príncipe de Asturias de su derecho sucesorio y nombraría heredero a uno de sus hermanos. Aquel mismo día Fernando llamó a su madre para que acudiese a su encierro, a lo que María Luisa de Parma se negó, aunque envió al ministro de Gracia y Justicia. Lo que deseaba era acusar a sus colaboradores para salvarse y manifestar que habían escrito en secreto a Napoleón. La Corte se agitó ante el cariz que esta última noticia daba a los acontecimientos, porque pensaron que Fernando actuaba de acuerdo con el emperador. Los llamados sucesos de El Escorial se cerraron con un plumazo. El nuevo decreto que se publicó el día 5 de noviembre, dejaba clara la nueva actitud del rey:

La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse a ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habían hecho concebir unos malvados: todo lo ha manifestado en forma de derecho y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas; su arrepentimiento le ha dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen.

Señor: Papá mío: He delinquido, he faltado a V. M. como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco a V. M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de V. M.; pero fui sorprendido. He delatado a los culpables, y pido a V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche; permitiendo besar sus reales pies a su reconocido hijo. Fernando. San Lorenzo, 5 de Noviembre de 1807.

Señora: Mamá mía: Estoy tan arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido a V. M. se digne interceder con papá para que permita ir a besar sus reales pies a su reconocido hijo. Fernando. San Lorenzo, 5 de Noviembre de 1807.

En vista de ellos y a ruego de la reina, mi amada esposa, perdono a mi hijo, y le volveré a mi gracia cuando su conducta me dé

pruebas de una verdadera reforma en su fácil manejo... San Lorenzo, 5 de Noviembre de 1807.

El texto citado cumplía con todos los objetivos que Godoy se había propuesto. El decreto transcrito, cuya publicación en los términos en que se redactó no deja de llamar la atención, presentaba a un Fernando felón, débil, incapaz y asustadizo. Napoleón sabría con quien negociar. El valido aprovechó la ocasión para descabezar a la facción del príncipe y procurarse un cierto respiro en la lucha por el poder. Los culpados fueron el canónigo Escoiquiz, individuo de gran ascendiente sobre el Príncipe de Asturias, y los duques del Infantado y San Carlos, que fueron desterrados de Madrid. Sin embargo, la posición de Godoy quién, desde luego contaba con el apoyo de los Reyes, no era tan sólida como podía pensarse porque el pueblo abominaba su encumbramiento, en el ejército se rechazaba su nombramiento de máximo responsable de los ejércitos de tierra y mar, y en la corte, los descontentos eran cada vez más numerosos.

Antes de que finalizase el año, un segundo cuerpo de ejército francés, unos treinta mil hombres al mando del general Dupont, cruzaba la frontera y entraba por Irún. No había explicación para el hecho, habida cuenta de que la campaña de Portugal había sido resuelta sin problemas militares y las tropas hispano-francesas habían cubierto todos sus objetivos. Los nuevos contingentes militares franceses se mostraron mucho más arrogantes e indiscretos que los que les habían precedido en octubre.

En Madrid el asombro aumentó cuando pocos días después, a primeros de enero de 1808, un tercer ejército, ahora mandado por Moncey, integrado por un número de hombres similar al de Dupont entraba en la Península y en las semanas siguientes establecían guarniciones en las plazas fuertes más importantes. Así, por ejemplo, la ciudadela de Pamplona fue ocupada los días 15 y 16 de febrero, ante el asombro de unos militares españoles que carecían de órdenes, porque en Madrid no se reaccionaba ante lo que ya era una ocupación militar en toda regla.

La operación más inaudita se había producido, sin embargo unos días antes, cuando el 4 de febrero el general Duhesme cruzaba la frontera por el paso de La Junquera y entraba en Cataluña, el capitán general, conde de Ezpeleta, carecía de instrucciones ante una situación tan extraordinaria. Los franceses se presentaban como aliados, pero sus exigencias eran las propias de un ejército invasor. Desde Madrid no se daban instrucciones. Los france-

ses, después de no poco forcejeo, lograron introducir guarniciones en Montjuich y en la ciudadela de Barcelona. En este proceso de solapada ocupación, incluso hubo un intento de neutralizar los restos de la Marina española. Napoleón señaló la conveniencia de que las flotas de ambos países se reuniesen en el puerto de Tolón. El 7 de febrero se dieron órdenes al almirante Cayetano Valdés, que tenía a su mando seis navíos en el puerto de Cartagena, que pusiese rumbo a la base naval francesa. Según unos los vientos desfavorables, según otros el celo de Valdés hicieron que la flota, que se había hecho a la mar, recalase en un puerto de las Baleares.

Los descontentos comenzaron a organizarse de nuevo en torno a la figura del príncipe de Asturias que no dejaba de conspirar contra Godoy, con quién siempre había mantenido unas pésimas relaciones.

Colaboraba a la crispación el hecho de que con los tropas napoleónicas llegaban las ideas de la revolución que habían alumbrado un nuevo orden de cosas, muy diferente a la situación política imperante en España. Los soldados franceses hablaban de nación, de constitución, de ciudadanos, de separación de poderes, de igualdad ante la ley, todo ello muy diferente a los esquemas políticos en que se asentaba la estructura política de la España de Carlos IV. El clero, cuya influencia en la sociedad española de la época era extraordinaria, se encontraba alineado en su inmensa mayoría con los postulados del Antiguo Régimen y rechazaba las ideas de la revolución como contrarias a las creencias, las costumbres y la fe de un país, donde la Inquisición continuaba en vigor, aunque su actividad nada tenía que ver con sus actuaciones de siglos pasados. Los sermones dominicales atronaban contra la doctrina que llegaba en las mochilas de los soldados franceses, aunque todavía se mantenían las formas porque Carlos IV era aliado de su Emperador.

El motín de Aranjuez

La llegada a Madrid de don Eugenio Izquierdo, el negociador del tratado de Fontainebleau, produjo una verdadera conmoción. Lo allí pactado era poco menos que papel mojado y traía una nueva propuesta que, al parecer, sacó a Godoy de sus sueños dorados de convertirse en rey. El valido planteó la necesidad de que los reyes, que se encontraban en Aranjuez, marchasen hacia Sevilla, con el propósito de embarcar hacia las Indias, siguiendo los pasos dados por el

regente de Portugal, cuando el vecino país fue invadido por los franceses. El rumor agitó los ánimos, que se desataron en manifestaciones de descontento cuando el 13 de marzo el Príncipe de la Paz abandonó Madrid, donde se ocupaba de asuntos de gobierno, y ordenó a los responsables de la guarnición que sacasen sus tropas y las condujesen a Aranjuez. La alarma fue tal que Godoy se vio obligado a dar un desmentido público sobre los planes de viaje.

La agitación de aquellas fechas hizo que un grupo de conjurados, en cuyo centro estaba el príncipe Fernando, acelerase los planes previstos para llevar a cabo un levantamiento contra el estado de cosas imperante. El número de soldados franceses no había dejado de aumentar y su actitud había llegado a un punto tal que ni los más activos probonapartistas podían sostener que el objetivo de aquellas tropas era exclusivamente la conquista de Portugal. La realidad era que España se encontraba ocupada militarmente y que había guarniciones francesas en muchos de los puntos estratégicos más importantes de la Península.

La noche del 17 al 18 de marzo, al parecer por una causa fortuita, se produjo una algarada, cuando en realidad el motín estaba previsto para la noche siguiente. Los descontentos se concentraron ante la residencia de Godoy en Aranjuez y terminaron asaltándola. El valido, temiendo por su vida, logró ocultarse, mientras el Príncipe de Asturias exigía a su padre la destitución de Godoy y su alejamiento de la Corte. Carlos IV y su esposa se negaron en un primer momento, pero ante la presión y el anuncio de que se preparaba una nueva protesta popular y que la vida de Godoy, descubierto al salir de su escondite, corría peligro optaron por abdicar. El documento se firmaba el 19 de marzo, festividad de San José.

Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud, gozar de un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el Príncipe de Asturias. Por lo tanto es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi real decreto de libre y espontánea abdicación tenga su éxito y debido cumplimiento, lo comunicareis al Consejo y demás a quien corresponda. Dado en Aranjuez a 19 de Marzo de 1808. Yo el Rey.

El motín de Aranjuez, no sólo acababa con el valimiento de Godoy, sino que, inesperadamente, provocaba los prolegómenos de lo que se presumía un nuevo reinado. Los sucesos acaecidos sorprendieron a todos, empezando por Napoleón, en cuyos planes no entraba que el heredero del trono fuese quien acababa de convertirse en Fernando VII. En una carta, fechada el 29 de marzo, que Napoleón envió a Murat, el emperador desvelaba sus verdaderas intenciones sobre España:

La revolución del 20 de marzo prueba que aún hay energía en los españoles. Habrá que lidiar contra un pueblo nuevo, lleno de valor, y con el entusiasmo propio de hombres a quienes no han gastado las pasiones políticas... Se harán levantamientos en masa, que eternizarán la guerra...

El mariscal imperial, Joaquín Murat, cuñado de Napoleón, que había cruzado la frontera pirenaica el 13 de marzo al frente de un ejército de veinticinco mil hombres, del que formaban parte algunos regimientos de la guardia imperial, unidades de mamelucos y jinetes polacos, tuvo noticia de la abdicación cuando marchaba hacia Madrid con el propósito de ocuparla y preparar los planes de su emperador. Dio órdenes de que no se reconociese a Fernando VII y se considerase a Carlos IV como el verdadero rey, a la vez que maquinaba para que el débil monarca español se desdijese de su abdicación. Fruto de tales maniobras fue la proclama de Carlos IV, fechada dos días después de su abdicación, en la que señalaba:

Protesto y declaro que todo lo que manifiesto en mi decreto del 19 de marzo, abdicando la Corona en mi hijo, fue forzado, por pre-caver mayores males y la efusión de sangre de mis queridos vasallos, y por lo tanto de ningún valor. Yo el Rey. Aranjuez, 21 de Marzo de 1808.

Es mucha la tinta que ha corrido acerca de la veracidad de este texto, numerosos historiadores sostienen que se trata de una interpolación posterior a la documentación originada aquellos días porque convenía a los intereses de Francia y que Carlos IV se sentía satisfecho de la decisión tomada.

El 23 de marzo Murat hizo su entrada en Madrid, pero el acontecimiento de una trascendencia extraordinaria pasó poco menos que desapercibido. Los madrileños estaban entusiasmados con la caída de Godoy y la renuncia al trono de Carlos IV. Todos estaban embelesados con los preparativos de la

entrada de Fernando VII en Madrid, prevista para el día siguiente y que tuvo el impacto de los grandes eventos. Pocos reyes en la historia de España fueron acogidos con las muestras de fervor y el júbilo popular con que los madrileños recibieron a Fernando VII. Una muchedumbre se agolpó a lo largo de recorrido exteriorizando su alegría.

Los sucesos de Bayona y el Dos de Mayo

Para llevar a cabo sus planes, a primeros de abril, Napoleón atrajo a Fernando VII hacia territorio francés, con la añagaza de que venía a España y podrían encontrarse en la frontera. El día 10, con no pocos recelos, el flamante monarca salía de Madrid, donde dejaba constituida una Junta Suprema de Gobierno para atender los asuntos urgentes que surgiesen durante su ausencia, presidida por su tío el infante don Antonio. Tras su paso por Burgos, Fernando VII llegó a Vitoria, donde permaneció algunos días esperando la llegada del Emperador. En aquel supuesto viaje de encuentro, él había recorrido todo el camino. Aunque algunos cortesanos le advertían que no cruzase la frontera, lo hizo el día 20 y llegó a Bayona. Mientras tanto Murat había conseguido la libertad de Godoy, que fue enviado a Francia, como señuelo para atraer a Carlos IV y María Luisa de Parma.

El emperador de los franceses había llevado a una trampa al padre y al hijo. En Bayona se escribió una de las páginas más bochornosas de nuestra historia. Tanto Carlos IV como Fernando VII se acusaban mutuamente de rechazar la alianza con los franceses y ambos hicieron renuncia de sus derechos al trono a favor de José Bonaparte, que quedaba proclamado como José I. Las noticias que llegaban a España sobre lo que ocurría al otro lado de la frontera eran borrosas pero los ánimos estaban cada vez más encrespados. En Madrid se vivían jornadas muy tensas, aunque en los medios oficiales se señalaba que todo había discurrido por los cauces de la más estrecha colaboración entre dos países aliados.

Para eliminar cualquier veleidad, Napoleón decidió la conveniencia de que saliesen de España todos los miembros de la familia real española. El uno de mayo corrió por los mentideros de la corte el rumor de que el infante don Francisco, un niño de pocos años, lloraba porque no quería abandonar el palacio, según el plan establecido por Bonaparte. La mañana del día siguiente

amaneció con un numeroso concurso de gente concentrada en la plaza que se abría ante el palacio real. Eran muchos los madrileños que deseaban comprobar la veracidad de los rumores que circulaban y, efectivamente, eran ciertos. Los franceses se llevaban al pequeño infante y se produjo el primer encontronazo.

Joaquín Murat, máximo responsable de las tropas francesas que había en Madrid dio órdenes muy estrictas sobre el mantenimiento del orden público; los franceses habían sustituido el papel que correspondía a las autoridades españolas. No obstante, una agitación creciente se apoderó de Madrid. Los enfrentamientos en diferentes lugares de la villa y corte dieron alas a la insurrección popular, que estalló potente. La situación vivida en la capital de España aquel dos de mayo tuvo mucho de surrealismo. Las autoridades municipales llamaban a la calma, el pueblo se enfrentaba a los franceses en una lucha desigual. Los soldados españoles de la guarnición de Madrid se mantenían acuartelados, cumpliendo órdenes. Sin embargo, algunos oficiales del parque de artillería de Monteleón desobedecieron las órdenes. Luis Daoiz y Pedro Velarde, ante la insistencia de un grupo de vecinos, que se habían concentrado ante la puerta del acuartelamiento, les entregaron algunas armas y acabaron por sacar a la calle varias piezas de artillería y decidieron luchar al lado de los madrileños, que habían plantado cara al invasor francés. A ellos se sumó el teniente Ruiz.

La jornada del dos de mayo estuvo llena de refriegas, enfrentamientos y muerte. Los acontecimientos habían desbordado las previsiones de los franceses de sustituir, de forma solapada, la dinastía que gobernaba España desde hacía doscientos años. Las órdenes dadas por Murat aquel mismo día, no dejaban dudas acerca de la gravedad de los acontecimientos:

Soldados: La población de Madrid se ha sublevado, y llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

... Artículo 2º.- Todos los que han sido presos en al alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.

Artículo 3º.- La Junta de Estado va a hacer desarmar los veci-

nos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, quienes después de la ejecución de esta orden se hallasen armados o conservasen armas sin una permisión especial serán arcabuceados.

Artículo 4º.- Todo lugar donde sea asesinado un francés será arcabuceado.

Artículo 5º.- Toda reunión de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deshecha por la fusilería.

Artículo 6º.- Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos, y los ministros de los conventos, de sus religiosos.

*Artículo 7º.- Los autores, vendedores y distribuidores de los libelos impresos o manuscritos provocando a la sedición, serán considerados como unos agentes de Inglaterra, y arcabuceados.
Dado en nuestro cuartel general de Madrid, a 2 de mayo de 1808.*

El tres de mayo las amenazas contenidas en la orden, se cumplieron a rajatabla y numerosos madrileños, apresados en los enfrentamientos del día anterior, fueron fusilados. La ficción que mantenía a las tropas francesas como aliados había concluido y daba comienzo una larga, dura y sangrienta guerra en la que los españoles lucharon para expulsar a un ejército que había aprovechado la coyuntura política para invadir España. En los días siguientes se difundía por toda la geografía peninsular la noticia de los hechos acaecidos en Madrid. La proclama lanzada por el alcalde de Móstoles, señalando que la patria estaba en peligro, tuvo un eco que puso en pie de guerra al país. Era el comienzo de la guerra de la Independencia.